



Cuento

La mujer que hace siete años no baila.

José Dussan Ordoñez¹

Unas congas calientes por la noche caribeña y las manos saladas de un boquillero, avivan la fogata que espanta los males del día y el frío del espíritu. Se prende la orquesta. La rumba está de pie y se mueve como un mito poderoso que se llena de luna y muerde, sin detenerse, asaltando a todos los cuerpos despojándolos de la razón y convirtiéndolos en un gran organismo que seduce al cielo y hechiza a la tierra.

Belén camina entre las mesas, de la mano con la creencia que domina su vida. Disfruta ver disfrutar a sus amigos de otras creencias. Pero no puede evitar que la sangre picante inunde sus pies, sus caderas y su corazón, por los golpes sobre el cuero curtido de una vieja conga, que evoca un grito sagrado y pagano de un dios olvidado en palabra, si bien, recordado todos los días con ritmos musicales de estos tiempos. Ella, en un acto acrobático se sienta para disimular. Favio se percata de esas piernas ágiles pero atadas. Se sale del mito y se acerca para desatarlas.

-¿Quieres bailar?

¹ Médico. Maestría en Toxicología (E). Docente tiempo completo del programa de Medicina.
E-mail: jose.dussan@curnvirtual.edu.co



- Si hubiese querido, estuviera bailando. - con una mueca de falange espartana responde.

Él siente que perdió la batalla y se sienta a su lado. Ve la fiesta que arde, a la cual ella asistió para sólo mirar. La mujer lo mira con desconfianza, pero aceptando su estrategia.

-¿Te tomas un trago?- se aventuró él con voz de señuelo y sin esperar respuesta toma dos copas de tequila de la bandeja del mesero que pasaba distraído, y se la ofrece.

-No bebo –ella le aclaró.

Sus ojos masculinos se agudizan como un viejo lobo que olfatea una trampa.

-Me tomo los dos tragos a tu salud, bella mujer, y a la de esta noche de fiesta y encanto- celebró Favio, mientras los labios rojos carmesí de Belén sonrían. El azar, el Caribe y la noche los enfrenta al juego de ceder, o no ceder.

La siguiente propuesta es más directa, como debió ser desde el inicio. Le propone escuchar su historia atentamente, si era el caso, durante toda la noche. Él, a partir de ese momento no bailarían, escucharían. Ella acepta y le cuenta la primera vez que bailó. Le enseñaba su tía Carmen, recuerda bailar un son cubano, “Quiéreme siempre” de la orquesta Aragón.

-Levanta tu mano izquierda y pon tu mano derecha en tu ombligo, y ahora mueve las caderas, déjate llevar por el son y los pies arrancan solitos; tak- tak- tak /ta-atak,- Carmen regalaba con orgullo y elegancia su herencia musical- estás bailando hija mía; media vuelta; vuelta entera; que sabor, la princesa del baile. Aplausos, aplausos. Recordaba Belén lo que la animaba su tía.

-Me fui puliendo con canciones de Ismael Rivera, Cheo Feliciano, los Hermanos Lebrón; la canción “Tú me recordarás” de Dimensión latina, ¡uff!, me llena de emoción...

- ¿Te cansaste de bailar? - pregunta él con rostro de sorpresa.



Belén suelta una carcajada que lo sorprendió mucho más.

- Yo bailo muy bien -replicó- Todos se peleaban por bailar conmigo; una costeña no se cansa de bailar.

Favio abre las manos y los brazos, señalando todo lo que los rodea en ese instante.

- ¿Por qué no bailas? -pregunta él.

La respuesta tardó. Tenía que batir bien los ingredientes para ser bien digerida.

-¡Porque no me da la gana!- Pronuncia esas palabras imbatibles sin ni siquiera mirarlo.

Ahora él sonríe y ella termina la respuesta.

-Desde hace siete años no me da la gana bailar.

En ese momento se quita sus tacones y libera sus pies iniciando un juego de pisar los zapatos de Favio, siguiendo el merengue que toca la orquesta. Él, sin quitárselos, se da cuenta mirándola a los ojos, que liberó más que sus piernas.

Al final de la fiesta sólo un hombre regresaría a su casa con las huellas de la mujer que no baila.

La orquesta descansa, pero ellos siguen bailando el pie pisaó y riendo a carcajadas. Iniciando otro incendio y otro mito de sólo dos cuerpos y cuatro pies. En ella la fiesta va por dentro, embriagada por el licor de las miradas, y su sangre picante moviéndose al son de las sonrisas...

Con un roce de manos se agradecen la velada. Ella se pone de pie, se inclina sobre él, le da un beso en la mejilla y, dando giros a pies descalzos, se marcha entre las mesas, de mano con la creencia que domina su vida.

Suena el caribe que marca el tiempo con las olas del viejo mar. La orquesta vuelve a tocar.